

400 años de la muerte de San Camilo

“Ese hombre eres tú” Un samaritano llamado Camilo

Dolores Aleixandre Parra – Biblista De Diez mirada sobre Camilo de Lellis, pp. 27-41

... Al terminar de leer su vida y teniendo como trasfondo la figura del samaritano, pienso que de san Camilo podría afirmarse lo que dijo de David, el profeta Natán: “Ese hombre eres tú” (2Sam 12,1-7). Y es que no creo que haya existido a lo largo de la historia alguien que haya reproducido con tanta exactitud los rasgos de ese personaje de la parábola.

Este parecido tan llamativo ha despertado en mí el deseo de estudiar más detalladamente esa semejanza partiendo precisamente de lo más “visible” y evidente en ellos: su corporalidad. ... Vamos a acercarnos al samaritano de la parábola y a Camilo de Lellis contemplando esos órganos corporales (corazón, boca, manos), que designan funciones humanas dinámicas que abarcan la totalidad de la persona...

Unos pies incansables

Comenzamos por lo más cercano al piso que son los pies, y que en la Biblia indican la forma de comportarse de alguien, el camino que sigue. ... Las narraciones evangélicas presentan reiteradamente a Jesús en situación de caminante y, cuando llama a sus discípulos, su exigencia está en primer lugar en relación con sus pies: deberán caminar detrás de él y acompañarle en toda su trayectoria. ... Los pies del samaritano que se desvían del camino que seguía y se aproximan al hombre herido, desempeñan un papel central en el relato de Jesús. ... Subyace la pregunta: ¿en qué dirección se encaminan nuestros pies?, ¿se apartan o se acercan a quienes están heridos en las cunetas de los caminos? ...

¿Cómo “gestionó” Camilo sus pies? ¿Cómo se sirvió de ellos a lo largo de su vida? Lo más concreto y objetivo sería consignar su itinerario y calcular las distancias que recorrió: fue una especie de “trotamundos” que recorrió un sin fin de lugares... Y va a ser en medio de un camino, el 2 de Febrero de 1575, cuando, movido por una fuerte conmoción interior, se baja del burro que montaba y se postra en la tierra llorando. Sus pies y su vida cambian de dirección... En adelante se aleja de los lugares en los que transcurría su vida anteriormente y se acerca a los hospitales, esos lugares que van a convertirse para él en irresistibles polos de atracción. Siempre de pie en ellos, a la cabecera de los enfermos, andando por los corredores, sirviendo, limpiando, haciendo de criado. Uno de sus cuidados preferidos es el de lavar los pies a los pobres antes de acostarlos y, algo más duro aún, se postraba para besar los pies de los que se le oponían. En función de esos enfermos, cambia sus itinerarios y comienza nuevas aventuras, muchas de ellas dramáticas por los nuevos caminos que ahora le toca recorrer... ¿De dónde sacaban fuerza aquellos pies incansables? Dos instantáneas tomadas al vuelo en su caminar nos revelan el secreto: una, la de su recorrido desde el Hospital de Santiago hasta la iglesia de los Milagros cargando con el gran crucifijo que “le había hablado” y yendo “a mediodía por la vía pública con la cabeza descubierta”. La otra, su respuesta a quienes dudaban de que hubiera sido él el fundador de la Orden: “Primero Dios y luego esta pierna mía llagada, han fundado esta religión”. La fuerza para

mantenerse él mismo en pie y también su obra, nacía precisamente de la debilidad de su herida. Caminó llagado y conducido, no eligiendo él los caminos, sino dejándose guiar por el Dios que le llevaba por sendas desconocidas y llenas de riesgos.

Las manos de un gigante

Las manos son los órganos y el signo de la acción humana... En los relatos evangelios el foco de atención de muchas narraciones está puesta con frecuencia en la acción de “tocar” de Jesús y en medio de las costumbres judías, tan estrictas en cuestiones de impureza y que imponían minuciosos rituales de lavado de manos, Jesús no tiene reparo alguno en tocar lo que se consideraba impuro como un leproso o un cadáver. Cuando cuenta la parábola del samaritano, están también muy presentes las manos de los personajes: encontramos a un hombre que tuvo la mala suerte de caer en manos de unos salteadores que, con sus manos, lo desnudaron y golpearon. A continuación las manos del samaritano van a hacer todo lo contrario que es emplearlas en cuidar al herido: “le vendó las heridas, después de habérselas curado con aceite y vino”.

Quién iba a decirle a Camilo en sus años jóvenes que sus manos, tan diestras en los juegos de naipes, iban a dedicarse años después a acariciar, cuidar, lavar, cargar con otros. Podría escribirse una biografía muy completa del santo solamente recorriendo las tareas que desempeñó con sus manos: da de comer, arregla camas, limpia lenguas, lava pies, enjuga sudores, cura llagas, cierra los ojos de los que mueren en sus brazos. ... Su vida entera fue el encuentro entre dos manos: Jesús había extendido la suya hacia él y Camilo no retiró nunca la suya.

La mirada de la compasión

Los ojos son el órgano más expresivo de la corporalidad. Tanto en las relaciones entre las personas como en la relación con Dios, la actitud más importante desde la perspectiva bíblica es el corazón. Pero el corazón humano se sustrae a todas las miradas y por eso se habla de los ojos como su correspondencia exterior. No es posible conocer los pensamientos ocultos de un corazón humano más que indirectamente, por lo que expresa en el rostro y más concretamente a través de los ojos. Órganos de la visión, reflejan la vida interior de alguien y por eso se atribuirá a los ojos las intenciones profundas del corazón: el deseo, la esperanza, la humildad, la compasión... El samaritano tenía conectada su mirada con su corazón: por eso “vio” al herido y “se conmovió”. ...

Camilo participaba de la mirada de Dios, capaz de descubrir por debajo de lo que resultaba repugnante a los ojos humanos, la belleza escondida de un hombre o una mujer aquejados por la enfermedad. Poseía una “mirada profética” que captaba la condición de los enfermos en los hospitales y se dejaba afectar por ella: los contemplaba como crucificados clavados en sus miserables lechos y en la regla que redactó ordenaba: “Todos miren al pobre como a la persona del Señor”. ... De tanto mirar el crucifijo, su mirada se había descentrado de sí mismo y por eso, Cristo en los enfermos, se había convertido en su centro.

Unos oídos abiertos

Para la Biblia, además del órgano de la audición, es el de la comprensión y el discernimiento, sede de la capacidad auditiva, de la obediencia y de la inteligencia. ... Los biógrafos de Camilo son unánimes en consignar de dónde sacaba la fuerza para llevar aquella vida desmesurada y extrema: había escuchado las palabras de ánimo y de consuelo que le dirigía el Crucificado: “No temas, pusilánime, yo estaré contigo. La obra es mía, no tuya”. A sus oídos había llegado la afirmación del Evangelio: “estuve enfermo y me visitaron” (Mt 25,43). Era esa la “banda sonora” que escuchaba y que se sobreponía a las críticas, murmuraciones y amenazas con las que tuvo siempre que enfrentarse. Y también a las burlas a las que era sometido cuando le veían por Roma mendigando pan para sus enfermos. “Duerme poco con los oídos abiertos” decían de él. Él tenía “otra música”: “Me agrada la música que producen los pobres enfermos en el hospital cuando son muchos los que llaman a vez: Padre, tráigame algo para enjuagarme la boca, arrégleme la cama, caliénteme los pies...”

Una voz de trueno

Gracias a su boca capaz de hablar, el hombre se distingue de todas las demás criaturas. El creyente fiel tiene una lengua (boca, labios...) que pronuncian lo que es recto y no se dejan corromper por la mentira o la maledicencia...

Camilo sospechaba de las muchas palabras y nunca fue muy hablador. Decía que el modo de ejercer la vida apostólica era no teniendo nunca descanso ni reposo por amor a Dios y la salud de las almas y por eso llamaba “hacer conferencia” a hablar semanalmente de las necesidades de los enfermos, para eso sí daba por bien empleada la palabra. De él dijeron en una ocasión: “Cada día predica sermones pero con el crucifijo en la mano y el orinal en la cintura”. Lo suyo no era una forma de hablar, sino una forma de hacer. Una palabra que había que ver. ... Su verdadera oración era la que pronunciaba para ser escuchado por aquellos a los que servía: “Hermano mío, no llores, estoy aquí para servirte”; “Podéis mandarme como a vuestro siervo y esclavo”; “Aquí estoy pronto para servirte. Si hiciera falta derretirme por amor tuyo, lo haría con gusto”. ...

Un corazón dilatado como el mar

El término más frecuente del lenguaje bíblico para hablar de interioridad, es corazón, sede del conocimiento y de la integración unificadora, lo profundamente oculto, lo opuesto a lo exterior. Es la sede de los deseos ocultos, no expresados, el órgano de la voluntad, los planes, decisiones y las intenciones ... El corazón conmovido del samaritano no era más que el reflejo del propio Jesús que invitaba a aprender de él, que era “manso y humilde de corazón” (Mt 11,29). En su muerte, un soldado abrió con su lanza su costado (Jn 19,30): el corazón de Jesús estaba abierto y eso significa que fluía la comunicación de dentro a fuera, que se había dejado ver y conocer y que es posible acceder a él, entrar, esconderse, encontrar asilo y refugio.

¿Qué habitaba el corazón de Camilo? Los pobres enfermos que sabía eran la pupila y el corazón de Dios. Era un hombre unificado, de un único comportamiento y orientación y su actividad, uniforme toda ella, estaba unificada hacia un único fin. Le habitaba un celo desmesurado y quería remediar de un plumazo todas las necesidades del mundo. A pesar de

las dificultades con las que se enfrentaba, no se apagaban ni su caridad ni su deseo, siempre insatisfecho, de cargar siempre con nuevos y numerosos empeños. ... Jesús había propuesto al escriba como conclusión de su parábola del samaritano: “Ve y haz tú lo mismo” y aquellas palabras se quedaron en suspenso esperando que alguien las acogiera y las pusiera en práctica. Apareció Camilo de Lelis y supo que le estaban dirigidas a él. Y se dedicó a hacer lo mismo.